

Delacroix fué mucho tiempo íntimo amigo de la princesa, hasta el día en que la susceptibilidad del gran artista se sintió herida por una frase.

El mundo político se hallaba representado por Fernando de Lasteyrie, Toqueville, Bixio, Víctor de Tracy, Berryer, Odilon Barrot, Mignet, Thiers y Cousin. También frecuentaban sus reuniones los literatos más célebres, Lamartine, Agustín Thierry, que entonces estaba casi ciego, Teophile Gautier, Alejandro Dumas padre, y Enrique Heine. También asistió Balzac, pero no se hallaba allí muy á su gusto, y escribía á la Sra. Hanska, su grande amiga, con la que debía casarse antes de su muerte:

La princesa Belgiojoso es una mujer muy superior á las demás mujeres; pero tiene la suerte de desagradarme, aunque tiene mucho ingenio. Sólo que lo muestra demasiado. Se empeña demasiado en hacer efecto, y no lo consigue, por poner en ello excesivo cuidado y aplicación. Su casa está bien dirigida. Allí brilla el ingenio... He ido dos sábados, he comido una vez, y no volveré más.

El más ilustre de los comensales era Alfredo de Musset, que estaba muy ligado con el príncipe. Ambos, con el mayor Prayer, d'Althon-See y Alfredo Tattet, formaban un grupo de amigos estrechamente unidos.

Belgiojoso arrastraba á Musset á una vida de agitación y de placer.

Había hecho la presentación de su amigo á su esposa y aquellas dos naturalezas, sin embargo tan diferentes, se habían atraído mutuamente. La belleza extraña y cautivadora de la princesa impresionaba vivamente á Alfredo de Musset. Sus amores no estuvieron exentos de amarguras aun en las horas de mayor abandono, pues los separaba una sorda hostilidad, una indefinible necesidad de herirse y de hacerse mutuamente sufrir. Ella tenía hermosos ojos: « unos ojos terribles de esfinge, decía Alfredo de Musset, tan grandes que me he perdido en ellos y que no acierto con mi camino ».

La princesa no era más fiel que Jorge Sand y los celos de Musset no se mostraban menos exigentes con esta italiana que dividía los hombres en tres categorías: lo es, lo fué, debe serlo.

Musset, el eterno herido, sufrió mucho y la princesa no sabía curar aquel corazón sino con una nueva herida. La Sra. de Jaubert ha referido todo esto:

Una noche en que el poeta ejercitaba en mi casa su lápiz, haciendo algunas caricaturas, la princesa le desafió á que hiciese la suya, asegurando que varias veces lo habían intentado sin conseguirlo. Musset protestó contra su afirmación agregando: « La regularidad de las facciones no es un impedimento, os lo aseguro. » — He aquí un lápiz, dijo la princesa, probad, os autorizo para ello. Rápidamente trazó una figura de medio perfil en que el ojo inmenso se hallaba colocado de frente; en cuanto á la postura, se notaba cierto abandono, había exagerado la fatura, lo cual completaba cierta semejanza caricaturesca. Todas las personas se precipitaban para ver y sonreían

sin hacer exclamaciones. Ella, con cierta indiferencia de buen gusto, repitió: « Hay algo » y cerró el álbum. Como mi papel de ama de casa me autorizaba para ello, me apoderé de él y lo puse al abrigo de los curiosos. — Habéis quemado vuestras naves, dije al poeta. — Sin embargo, señora, jamás me he sentido más enamorado que al mirarla mientras trazaba este croquis. — Tanto peor, dijo vivamente, la habéis ofendido ». Algunos días después, Alfred de Musset escribía á su buena consejera: « ¡ Madrina! ¡ Vuestro ahijado se halla en completa derrota! Ha escrito con el corazón en la mano y le han dado una respuesta... imposible de expresar. Y ¿ sabéis lo que ha empezado por hacer este desdichado, al recibir la respuesta inmortal, ó por lo menos digna de serlo? Pues ha empezado á llorar como una ternera durante media hora. Sí, madrina, á lágrima viva, como en mis mejores días, con la cabeza entre ambas manos, los dos codos sobre mi cama, los pies sobre mi corbata y las rodillas sobre mi traje nuevo; de esta suerte he sollozado como un chico á quien lavan la cara. »

Más tarde añadía: « No sabéis, madrina, ni podéis saber hasta qué punto me ha matado, desconcertado y echado á perder; qué profunda, perversa y desdichada coquetería se ha empleado á sangre fría con un pobre diablo que ama con todo su corazón, que se entrega sin defensa y que iba á llorar muy tranquilamente á lágrima viva durante media hora antes de comer, sin atreverse apenas á decirlo en voz baja al ofrecer su brazo para ir á la mesa, pero que se despierta tarde ó temprano y que sabe comprender. »

Musset escribió el testamento de sus amores *Á una muerta*¹:

Elle aurait pleuré si sa main
Sur son cœur froidement posée
Eût jamais dans l'argile humain
Senti la céleste rosée.

Elle aurait aimé si l'orgueil,
Pareil à la lampe inutile
Qu'on allume près d'un cercueil,
N'eût veillé sur son cœur stérile.

Elle est morte et n'a point vécu.
Elle faisait semblant de vivre.
De ses mains est tombé le livre
Dans lequel elle n'a rien lu².

1. Recuérdense las hermosas *Rimas* de Bequer: *¡ Dios mío! ¡ qué solos se quedan los muertos! Una mujer envenenó mi cuerpo y otras y se verá que, según queda dicho, nuestro poeta sufrió en parte la influencia del autor de *La Balada á la luna* y tuvo una inspiración hermana de la del vate francés.*

(N. del T.)

2. Ella hubiera llorado, si su mano
Puesta en el corazón, con aire frío,
Caer cual lluvia sobre el barro humano
Sentido hubiese el celestial rocío.

Hubiera amado, si el orgullo humano
Ante su estéril corazón no ardiera,
Cual luz inútil que piadosa mano
Suele poner de un féretro á la vera.

Ha muerto y en verdad nunca ha vivido,
Aunque vivir, á todos parecía,
De sus manos el libro ya ha caído,
En que nada leyó mientras vivía.

El mundo se apasionó por el misterio de dicha muerta en quien la princesa se reconoció con rabia. Más tarde, cuando le hablaban de Musset, decía: « ¡Ah! sí, ese señor que llevaba chalecos tan feos. » Murió en 1871.

El poeta sufrió la tiranía del dolor que se impone á todo. Siempre y en todas partes, viene á parar en él. La persecución de la dicha se resuelve en dolor. Sólo nos queda el recuerdo que persiste con nosotros. La dicha huye; la desgracia pasa; el recuerdo de la dicha queda; el recuerdo de la desgracia se hace íntimamente dulce:

Le seul bien qui me reste au monde
Est d'avoir quelquefois pleuré!

Referir sus dramas de corazón es explicar su desgracia é indicar sus orígenes; es al mismo tiempo descubrir el manantial de su genio. Si fué nocivo para su tranquilidad, fué útil para nosotros el que Musset sufriese, porque su sufrimiento constituyó su elocuencia y tal vez no hubiera tenido nada que decir si no hubiera tenido que quejarse. El amor le dió la gloria, como en desquite de sus penas. Musset nos dió su martirio como espectáculo, y su tortura, como perturbadora audición. ¿ Por qué sufrió tanto? Primero por celos, y también por no entenderse. Escuché á Perdicán en *No hay burlas con el amor*:

Todos los hombres son mentirosos, falsos, charlatanes, hipócritas y orgullosos: todas las mujeres son pérfidas, artificiosas y vanidosas. El mundo es una cloaca sin fondo. Pero hay una cosa santa y sublime, la unión de un hombre y una mujer, seres tan imperfectos y tan horribles.

He aquí el sofisma: el amor extraño á la naturaleza y á la calidad de su objeto; la cualidad de la sensación independiente del objeto que la produce. No estimar lo que se ama equivale á caer en el desenfreno y en el vicio. El poeta se lanzó á sí mismo el anatema:

Le cœur d'un homme vierge est un vase profond;
Lorsque la première eau qu'on y verse est impure,
La mer y passerait sans laver la souillure,
Car l'abîme est immense et la tache est au fond!

Cayó en la sensualidad grosera y su obra se convirtió en la glorificación del placer. Su vida tenía que parar en el sufrimiento incurable, en

1. Un solo bien me queda en este mundo,
Y es el haber llorado algunas veces.
2. El corazón de un virgen es un vaso muy hondo,
Cuando en él agua impura se echa por vez primera,
La suciedad no puede borrar la mar entera:
El abismo es inmenso; la mancha está en el fondo.

la desesperación y en la locura. Tuvo alucinaciones. Vió sentarse á su lado á un hermano de vestido negro. Por la noche corría las cortinas, encendía los candelabros, adornaba con flores la chimenea y la mesa y veía venir una forma blanca, su Musa, que le dictaba los versos de sus *Noches*.

Hay en las *Memorias* de Liszt una página conmovedora. Encontró á Musset encorvado, envejecido, desconocido. Suben á casa del músico que se sienta al piano é improvisa, mientras Musset solloza y se desvanece en un diván. Vuelven á bajar á la calle para tomar el aire, se separan y en la esquina próxima ve Liszt al poeta entrar en una taberna de mala muerte.

Tuvo Musset la suerte que acecha, para hacer presa en ellos, á todos los que no han elevado su horizonte más allá y por encima de las satisfacciones sensuales, hermanas del hastío y de la muerte. Esta se convierte en la obsesión de los sueños medrosos de un Villón, gastado por una vida de desenfreno. Ella espanta y atrae á un Guy de Maupassant cuya razón naufraga, agotada, en la locura y el suicidio. Hay quien tuvo valor para reaccionar y sobreponerse al vicio. Tal es el caso de Paul Verlaine, á quien la repugnancia que le inspiraba la orgía hizo caer en el misticismo y en las efusiones de la fe. Musset tuvo el sentimiento y la intuición de que se entreabría una puerta por donde hubiera podido pasar y reconquistar la energía, la voluntad, la fe y la esperanza.

En el admirable poema de la *Esperanza en Dios*, intentó elevarse al cielo; pero el impulso se veía cohibido por la timidez del esfuerzo y la tibieza de la voluntad anémica y volvió á caer pesadamente en la desesperación y en la ruina moral. Faltóle á Musset voluntad para resistir á la corriente de las bajas miserias y también elevación y grandeza de alma para elevarse por encima de las desilusiones de la realidad. El mundo de las sensaciones, en el que halló todas sus complacencias, es limitado y finito. No se tarda en tocar al fondo. La saciedad es el rescate del placer. Sólo es posible libertarse á condición de alzar los ojos y de mirar á lo alto, hacia lo infinito donde están la esperanza y el consuelo.

Otros poetas han conocido una desesperación más varonil, como Sully Prud'homme á quien el dolor elevó hacia la bondad y la piedad, y que abrumó á Musset bajo el peso de su invectiva:

Si tu n'étais pas grand, je t'appellerais lâche ! !

Su dolor propio se resolvió en una admiración triste ante la existencia del mal y procuró ponerle remedio con la exaltación del valor y la elevación de las almas.

1. ; Si tan grande no fueras, te llamara cobarde !

Musset pidió demasiado á las cosas. Quiso, como dice Taine, saborear toda la vida de un trago con ansia y avidez; no la cogió ni la gustó sino que la arrancó como un racimo y la estrujó, la retorció y la ajó y se quedó con las manos sucias y tan sediento como antes. Fué lo que prometía ser de niño; probándole su madre unos zapatos rojos nuevos, exclamaba: «¡Aligera, mamá! Porque mis zapatos nuevos se van á quedar viejos.»

Su vida fué rápida y devoradora. Todo le pareció viejo y ajado antes de tiempo. Pero ¿qué importa? Los jóvenes y las mujeres saben descubrir bajo la ligereza, la impertinencia y la desvergüenza, el pensamiento secreto, la pasión sincera, la sensibilidad profunda, una gran necesidad de cariño que parece burlarse de sí misma por temor de caer en el ridículo. Musset es el poeta de la juventud y del amor. Los efebos le leen, le aprenden de memoria, porque hallan en él la expresión deliciosa y amable de los sentimientos que turbaban á Querubín y que agitan las almas adolescentes.

Verdad es que Musset no cantó largo tiempo. La edad debía matar demasiado pronto la juventud de sus sentimientos. Pero es el truchimán, el intérprete, el heraldo de todo un período de la vida que renuevan sin cesar los reclutas de las generaciones. Taine ha hecho observar muy lindamente este rasgo de confesor colectivo:

Una conversación de artistas que bromean en un taller, una linda joven que se inclina en el teatro sobre la delantera de su palco, una calle lavada por la lluvia, en que brillan las piedras ennegrecidas, una fresca y risueña mañana en los bosques, todo nos lo hace presente y nos lo presenta como vuelto á la vida. ¿Hubo jamás acento más lleno de vida y más verdadero? Éste á lo menos no mintió nunca. No dijo más que lo que sentía y como lo sentía. Pensó en voz alta, é hizo la confesión de todo el mundo. No se le ha admirado, se le ha amado; era más que un poeta, era un hombre. Todo el mundo encontraba en él sus propios sentimientos, los más fugitivos y los más íntimos; se abandonaba y se entregaba.

Sus últimos versos presagian su muerte:

L'heure de ma mort depuis dix-huit mois
De tous les côtés sonne à mes oreilles;
Depuis dix-huit mois d'ennuis et de veilles
Partout je la sens, partout je la vois.
Plus je me débats contre ma misère,
Plus s'éveille en moi l'instinct du malheur,

Desde hace año y medio la hora de mi muerte
Doquier en mi oído oigo resonar;
Desde hace año y medio de hastío y desvelos
La siento y la veo por doquier llegar.

Cuanto más pretendo luchar con mi sino
Más en mí despierta instinto infeliz

Et dès que je veux faire un pas sur terre
Je sens tout à coup s'arrêter mon cœur.

Ma force à lutter s'use et se prodigue;
Jusqu'à mon repos tout est un combat,
Et comme un coursier brisé de fatigue,
Mon courage éteint chancelle et s'abat!

Murió pobre en 1837¹.

Un mes después, Pablo de Musset dirigía al prefecto del Sena esta carta:

Paris, 2 de junio de 1837.

SEÑOR PREFECTO,

Alfredo de Musset, cuya muerte prematura produce en estos momentos emoción tan profunda, nació en París. Como la mayor parte de los grandes poetas, no deja fortuna. En una elegía conmovedora que todo el mundo conoce, expresó el siguiente deseo:

Mes chers amis, quand je mourrai,
Plantez un saule au cimetière:
J'aime son feuillage éploré,
La pâleur m'en est douce et chère,
Et son ombre sera légère
A la terre où je dormirai².

Á fin de poder corresponder al voto formulado en estos versos, me tomo la libertad de dirigirme á Ud. señor Prefecto, para obtener la concesión gratuita de un terreno de 5 á 6 metros cuadrados, espacio rigurosamente necesario para la erección de una tumba modesta, coronada por un busto en mármol ofrecido por el estatuario Barré y acompañada por un sauce llorón. El poeta, tan justamente llorado, no es sólo una gloria de Francia, sino también un hijo de París, y me atrevo á esperar que su ciudad natal tendrá á bien conceder á uno de los espíritus más amables y más amados que han nacido en su seno, una última morada digna de él.

Dígnese Ud. aceptar, etc.

PABLO DE MUSSET.

Descansa bajo este epitafio que es doblemente suyo, porque lo compuso él (*Lucia*, 1835) y porque resume y recuerda la dulce melancolía

Y apenas intento dar un solo paso
Siento que mi pecho deja de latir.
Hasta que me muera, de luchar no ceso;
Se gasta y prodiga mi fuerza en luchar,
Y como un caballo de correr cansado
Mi valor extinto vacila y cae ya.

1. Sin embargo, cuando en 1907, cayeron sus obras en el dominio público, todavía producían á sus herederos una renta de más de 25.000 francos. (N. del T.)

2. En el cementerio un sauce
Plantad cuando yo sucumba.
Su follaje triste y pálido
Me inspira amor y dulzura;
Su sombra será ligera
A la tierra de mi tumba.

de su vida y de su destino, consagrado al amor y á sus sufrimientos. Sufrió á consecuencia de él, pero amó y cantó; el amor se hace perdonar, del mismo modo que perdona muchas cosas. Por eso, la última palabra acerca de Musset, debe ser la de la mujer que le comprendió tan bien pero que le correspondió tan mal, es decir de J. Sand: « Las mujeres del porvenir serán tus hermanas y tus amantes. »

Esta confesión basta para hacer de él el más feliz, el más envidiable y el más envidiado de los poetas.

Un mes después Pablo de Musset... París, 2 de junio de 1837.

Mes chers amis, quand je mourrai... Digne Ed. accepter, etc.

Descansa bajo este epitafio... (Luceva, 1835) y porque resume y recuerda la dulce melancolía

con un alfiler... el nombre de la esposa más que en las y lo he llevado todo mi vida.

CAPITULO VII

TEÓFILO GAUTIER

Su vida y sus obras. — Sus viajes. — *La Joven Francia*. — El artista. — El arte por el arte. — El erudito. — La impasibilidad. — El culto de la plástica. — Una formidable facilidad. — Cuadros á la pluma. — El nabab del epíteto. — Su fin.

Teófilo Gautier (1811-1872) era de Tarbes. Buen alumno del colegio Charlemagne, se dedicó á la pintura y luego á la poesía; Sainte-Beuve á quien fué á ver, quedó maravillado con su poema *la Cabeza de muerto*, y le presentó á Victor Hugo.

Hugo se hallaba entonces en todo el esplendor de su gloria y de su triunfo. Admitido ante el Júpiter romántico, no supo ni siquiera decir, como Enrique Heine en presencia de Goethe « que las ciruelas eran buenas para la sed en el camino de Iéna á Weimar ». Pero los dioses y los reyes no desdeñan esos azoramientos de timidez admirativa. Les agrada mucho que quede uno como desvanecido en su presencia; Hugo se dignó sonreír y me dirigió algunas palabras alentadoras.

Empezaba con tono altivo:

Je suis jeune, la pourpre en mes veines abonde,
Mes cheveux sont de jais et mes regards de feu,
Et, sans gravier ni toux, ma poitrine profonde
Aspire, à pleins poumons, l'air du ciel, l'air de Dieu.
Aux vents capricieux qui soufflent de Bohême
Sans les compter, je jette et mes nuits et mes jours,
Et, parmi les flacons, souvent l'aube au teint blême
M'a surpris dénouant un masque de velours!

Llegó á ser el Goliat del romanticismo; conocido es su papel de jefe de fila en la primera representación de *Hernani* donde dirigió el asalto

1. Soy joven y la púrpura en mis venas abunda,
Mi pelo es de azabache, de fuego mi mirar;
Y sin tos ni fatiga ansioso aspirar puedo
El aire de los cielos, el aire que Dios da.
A los volubles vientos que soplan de Bohemia,
Mis noches y mis días arrojo sin contar,
Y entre botellas snele el alba sorprenderme
De suave terciopelo alzando un antifaz.